

rente ó fantástico. Los primeros que enseñaron, que el fruto prohibido en el paraiso terrenal no era otra cosa que el matrimonio, fueron estos visionarios extravagantes.

Concibieron contra todos los Cristianos en general un gran desprecio y horror los Paganos por su malignidad que no distinguia á los verdaderos fieles de tantos hereges viciosos. Las calumnias con que tantas veces los acusaron con motivo de sus agapes y de sus asambleas religiosas se originaron de aquí. A cuanto llevamos dicho de los Gnósticos, añadian la impostura inventada primeramente por los Judíos, de que cuando los Cristianos pretendian iniciar á un prosélito en sus misterios tumbaban sobre una mesa á un niño cubierto de harina, y puesto de tal suerte que el iniciado degollaba al niño creyendo que partia un pan; y al momento acababan todos los demás de despedazar esta inocente víctima, y cada uno se comia un pedazo y bebia de su sangre; y que reconociéndose el prosélito, á pesar suyo, reo de homicidio, se encontraba en la necesidad de guardar secreto. No dudaba el vulgo de la verdad de estas acusaciones, y tenian sus razones de propia conveniencia para no mostrarse mas justos con los fieles, los hombres que debian parecer superiores á la credulidad popular.

71. Celso, famoso filósofo, impugnólos con violencia en su libro titulado *Filaletes*, ó discursos verdaderos. El autor introduce en esta obra á los Cristianos disputando con los Judíos, y despues ridiculiza

á los unos y á los otros probando á hacerlos igualmente odiosos y despreciables. Dice el satírico filósofo que así como se han aumentado en el mundo los adoradores del Crucificado, han nacido entre ellos una infinidad de partidos; cada uno de estos espíritus inquietos trabaja por superar á sus rivales y destruirlos, de suerte que los Cristianos solo concuerdan en el nombre. No podia menos de quedar vencida la simplicidad y la inocencia con tan artificiosos y repetidos combates. El Emperador dió oídos á los clamores del pueblo, y mil géneros de tormentos cayeron sobre los fieles en toda la estension del Imperio, y especialmente en las provincias occidentales, como mas inmediatas al centro de la autoridad y de la tiranía.

72. Aunque del tiempo de Adriano se numeran una multitud asombrosa de Mártires, solo sabemos con certeza las circunstancias individuales de algunos de ellos. Segun algunos autores, padeció entonces la muerte San Eustaquio con su muger y sus hijos, aunque otros refieren que se efectuó en tiempo de Trajano este célebre martirio. Están llenas de prodigios las actas, pero su antigüedad no pasa del siglo octavo. Santa Sofia cuyo nombre llegó á ser tan famoso en Oriente sufrió el martirio en Roma con sus tres hijas, y San Eleuterio Obispo y su madre Santa Antia, murieron tambien en la capital del Imperio con una multitud de generosos fieles. Dieron su último aliento en Lombardia muchos, siendo los mas célebres los Santos Faustino y Jovita; San Primo

murió en Trieste , y San Antiope y San Crispulo en Cerdeña ; los Griegos nos han conservado los nombres de los mártires Santa Zoa y San Hesperio su marido y de sus hijos Ciriaco y Teodulo.

73. Mas circunstanciadas noticias poseemos del sacrificio de Santa Sinforosa viuda de un tribuno llamado Gétulo que habia conseguido la corona del martirio , inmolada con sus siete hijos. Acababa de levantar el Emperador un palacio en Tiboli , donde vivia Sinforosa , y quiso hacer la dedicacion segun las supersticiones del tiempo , consultando primero los oráculos de los ídolos ; y ya fuese por el ministerio de los demonios sedientos de la sangre cristiana , ó por los engaños de algun sacerdote enemigo de la virtuosa viuda , respondieron que los dioses no serian propicios si no les ofrecian holocaustos ella y sus hijos.

Adriano la mandó prender juntamente con ellos , y probó desde luego á persuadirles con razones ; pero la ilustre Santa le respondió : „mi marido Gétulo y su hermano Amancio , ambos tribunos vuestros , padecieron mil tormentos y despues la muerte por no prestarse á lo que vosotros exigís de mi. Los hombres miran como un oprobio su fin , pero en la patria de los inmortales les ha adquirido una gloria y una felicidad que nunca se acabará , y todos mis deseos se dirigen á participar de ella. Elije una de dos cosas , la replicó el Emperador indignado : ó sacrificar con tus hijos á los dioses del Imperio , ó ser tú misma sacrificada. No soy capaz , Señor , le respondió ,

de mudar de resolucion por amenazas ; lo he pensado con madurez , y no aspiro á otra cosa que á la ventura de volver á unirme con mi esposo.” Adriano mandó que la condujesen al templo de Hércules donde la abofetearon cruelmente y despues la colgaron de los cabellos , y habiendo mostrado la misma constancia atáronla una pesada piedra al cuello y la precipitaron al rio. Hizo recoger su cuerpo su hermano Eugenio , que era uno de los principales señores de Tiboli , y le enterró cerca de la ciudad.

Conducidos los siete hermanos juntos al tribunal del Emperador á la mañana siguiente , les amonestó este con muchas razones á que sacrificasen á los dioses ; pero todas fueron en vano. Entonces los ataron á siete palos que estaban elevados al rededor del templo , y despues de haberles dislocado violentamente los miembros les dieron de puñaladas con una crueldad bárbara. Padeció Justino entre todos el mas doloroso martirio , y Eugenio fue abierto por medio del cuerpo. Mandó Adriano que á todos los echasen en un profundo foso , que despues fue muy célebre con el nombre de sepulcro de los siete Biotánatos ó muertos absolutamente. Cuando cesó la persecucion fueron trasladados estos Mártires con gran pompa al camino que conduce desde Tiboli á Roma , y los depositaron á ocho millas de esta última ciudad.

No es menos glorioso que los de esta heróica familia el nombre de las santas mártires Sabina y Serapia. Sabina era una viuda de edad avanzada , y su marido habia desempeñado un honroso empleo en la

capital del Imperio, en tiempo de Vespasiano. Serapia, vírgen cristiana, originaria de Antioquía que vivia con Sabina en el reinado de Adriano, aunque era muy jóven logró convencer á esta ilustre Romana á que abrazase el cristianismo. Fue la celosa vírgen el primer blanco de la inhumanidad de Berillo, Prefecto de la provincia de Umbria, á donde las dos Santas se habian retirado. Degollada Serapia, despues de haber padecido muchas crueldades é ignominias, tuvo el Prefecto alguna consideracion al principio á la nobleza de Sabina, pero al fin la puso en prision y fue tambien decapitada de orden del sucesor de Berillo.

74. Obligarón por fin á los fieles á pensar en justificarse tantas y tan diversas vejaciones y molestias. La apología de San Cuadrato fue la primera que se publicó en su favor. Este habia sido discípulo de los Apóstoles, y era uno de aquellos llamados por la antigüedad Evangelistas, porque iban predicando el Evangelio de una en otra provincia, y despues que dejaban en ellas Pastores ordinarios, emprendian otras nuevas misiones. Hallóse en Grecia al mismo tiempo que Cuadrato el Emperador Adriano visitando las provincias del Imperio. Este hombre verdaderamente apostólico y tan elocuente para escribir como para predicar, juzgó que no podia emplear mejor sus talentos que procurando librar á los nuevos Cristianos de unas pruebas muy peligrosas para algunos. A este fin puso en manos del Emperador una apología muy vigorosa y elocuente. Observamos por lo

poco que de ella se ha conservado que insistia mucho en los milagros de Jesucristo, no tanto para probar la certidumbre de unos hechos que no escitaban dudas por lo comun, sino para distinguir estas divinas maravillas de los prestigios de la magia, en un tiempo en que esta era la acusacion mas plausible que se hacia contra nuestros santos Taumaturgos. Dice el apologista que los enfermos curados por Jesucristo y los muertos que resucitó, manifestaron que estos prodigios no eran pasajeros ni aparentes, pues permanecieron en el mismo estado y vigor mucho tiempo despues de la muerte y resurreccion de su adorable Médico; y algunos de ellos han vivido hasta nuestros dias. Los antiguos elogian altamente este escrito, en el cual captan la admiracion, la solidéz y talento de Cuadrato.

75. Otro orador de nacion ateniense llamado Arístides que profesaba á un tiempo mismo la filosofía y el cristianismo, escribió una nueva apología, mas elocuente y mas llena de erudicion que la primera de Cuadrato, si damos crédito á los que la leyeron pues ha perecido enteramente.

76. Habia antes espuesto con mucha libertad al Emperador Serenio Graniano, Procónsul de Asia, cuan contrario era á la justicia y aun á la política el condenar á tanto número de Cristianos por voces de un pueblo sedicioso sin guardar con ellos las mas veces forma alguna legal, y sin otro crimen que su nombre. Convencióse, y lejos de ofenderse, escribió á Minucio Fundano, sucesor de Graniano, prescri-

biéndole que en adelante no procediese contra los adoradores de Cristo por clamores ó quejas vagas, y que se les acusase en la forma que prevenian las leyes; añadiendo que el acusador, segun el derecho comun, quedase obligado á convencer al acusado de algun delito contra las mismas leyes so pena de ser castigado como calumniador (1). Es probable que enviase estas órdenes á las demás provincias, pues desde aquella época se disminuyó la persecucion en todas partes.

77. Ya no se calificaba de crimen desde entonces el adorar al Crucificado, aunque la Religion cristiana, como estraña á los Romanos, era en este sentido contraria á las leyes. La constitucion de Adriano de otra suerte hubiera sido enteramente inútil, y es innegable que el Emperador habia realmente variado de ideas. Afirman los historiadores de su tiempo que proyectó colocar á Jesucristo en el número de los dioses del Imperio, y que con este objeto mandó levantar varios templos, pero si no llevó á cabo su empresa fue porque los oráculos se opusieron, anunciando que este nuevo culto destruiria todos los demás y que todo el mundo se haria cristiano (2): pero á lo menos se convenció de la diferencia que existia entre los adoradores de Jesucristo, siempre tranquilos y sumisos á las potestades legítimas y los indóciles Judíos que cada dia soplaban con mas ardor el fuego de la sedicion. Le hizo mas palpable esta di-

(1) *Euseb. lib. 4. hist. cap. 8. y 9.* (2) *Lamprid. in vit. Alexand. Sever.*

ferencia un nuevo incidente que consumó la desgracia de Israel, y patentizó su reprobacion á todo el universo.

78. Quedaron, despues de las sangrientas espediciones del reinado antecedente contra los Judíos, en un estado que movia mas á compasion que á desconfianza y temor. No se trataba ya de debilitarlos, sino solo de vigilar para que no se tornasen á establecer en su capital, donde respirarian un aire contagioso de independenciam. Sin embargo el Emperador no consintió en que quedase Jerusalem sepultada en sus ruinas, á causa de su situacion en extremo ventajosa, y de su antigua celebridad. A fin pues de reedificarla envió una colonia, dándole nueva forma de policia y religion, que ninguna semejanza tuviese con el Judaismo, y varió hasta el nombre de la ciudad poniéndole el de Elia, que era el apellido de su familia. Edificóse un templo á Júpiter en el sitio del antiguo, y se prohibió la circuncision á todos los que quisiesen habitar en el pais.

79. No pudieron resolverse los hijos de Israel á vivir como estrangeros en la patria misma de sus padres; pero no obstante tuvieron la rienda á sus ímpetus y emplearon ellos en construir muchos subterráneos y habitaciones ocultas para reunirse furtivamente y huir en caso necesario, el tiempo que gastó Adriano en la egecucion de su plan. El gobierno no dió oidos por largo tiempo á las voces que corrian de estos atentados, porque no podia persuadirse que los Hebreos reducidos al estado mas deplorable tuviesen valor ni medios para emprender cosa alguna;

pero conoció en breve que no hay precaucion ni recelo que sea escesivo cuando se trata de conservar la tranquilidad pública. Se habia tramado la conjuracion no solo por los Judíos que quedaron en la provincia, sino tambien por los de las demás regiones: en todas partes causaron infinitos desórdenes, y pusieron en alarma á los Romanos. Tinio Rufo, Gobernador de Judea, no se halló en estado de hacer frente en campo abierto á aquellos furiosos; y fue preciso enviarle numerosos refuerzos que no bastaron á ponerle en estado de resistirles. Renniéronse á los Judíos un diluvio de pueblos codiciosos, así de las naciones vecinas como de las distantes, por la esperanza del saqueo; de suerte que esta guerra conmovió todo el Oriente. Resolvió Rufo atacarlos en partidas sueltas, haciendo uso con tanto acierto de sus conocimientos militares contra aquellas tropas sediciosas é indisciplinadas, que siempre quedó vencedor de ellas, y trató con la mayor severidad á todos los que cayeron en sus manos. Mandó despojar de la vida á infinito número de Judíos, sin perdonar á las mugeres ni á los niños; castigo que en todas las calamidades de esta nacion experimentaba desde que todos sus individuos sin excepcion habian cargado con la maldicion fulminada por su deicidio. Fueron confiscadas en favor del pueblo Romano todas sus tierras, y se vió Israel, segun la espresion literal de los divinos oráculos, sin viñas y sin mieses, sin templo y sin Pontífice (1).

Restaba ya solamente á los Romanos sujetar á un

(1) *Dion y Spart. in Adrian.*

bandido llamado Barcoqueba, hombre despreciable por la oscuridad de su cuna, y por todas sus circunstancias; pero para los ciegos Judíos bastó solo su nombre para que le revistiesen de una autoridad absoluta. Como Barcoquebas significa en Siriaco *hijo de la estrella*, se decia hijo de aquella estrella de Jacob de que habla la profecía de Balaam, y afirmaba que era el caudillo que debia hacer triunfar á los hijos de Israel de todos los Gentiles, ó el Mesías, segun persuasion de los Judíos. Intentó este primer Antecristo aumentar su partido, ofreciendo desde luego á los Cristianos que les haria la gracia de recibirlos por sus súbditos; pero reusando estos sus ofertas fueron perseguidos por él con la mas bárbara atrocidad.

Ansiaba Adriano entretanto poner fin á esta guerra, y pareciéndole que Rufo no era hombre capaz de llevarla á cabo, envió nuevas tropas á las órdenes de Julio Severo, cuyo singular mérito miró como necesario para dirigir esta expedicion, y á quien obligó á pasar con presteza desde las islas Británicas á la estremidad del Imperio. No queria empeñarse en una accion general Severo, siguiendo el ejemplo de su predecesor, y conformándose con el plan de Rufo ordenó muchos destacamentos que atacaban á los rebeldes por otras tantas partes, los ponian en mucho aprieto y cortaban los víveres. Así logró acabar enteramente con los Judíos, poniendo en práctica este método poco ruidoso pero muy prudente y eficaz. Fueron destruidas cincuenta fortalezas importantes y cerca de mil plazas de menor consideracion; y pa-

sados á cuchillo quinientos ochenta mil hombres. No fue posible indagar el número de aquellos á quienes privaron de la vida la hambre, el fuego, y todo género de desgracias y miserias. Como esclavos y aun como bestias de carga se vendieron al mas ruin precio los pocos de ellos que encontraron mercaderes que los comprasen, porque habian caido los infelices en tanto desprecio y odio que apenas se hallaba quien los admitiese por esclavos. Verificóse esta venta en el valle de Mambre, en el mismo sitio donde habia habitado Abrahán, padre y origen de todo Israel; sitio donde se celebraba anualmente la feria llamada del Terebinto, para la venta de los animales. En aquel tiempo se descubria todavía uno de estos árboles de extraordinaria corpulencia, cuyo árbol era tenido por los habitantes del país por tan antiguo como Abrahán.

80. De esta suerte vió consumada su ruina con las circunstancias mas ignominiosas, en el mismo lugar donde habia tenido su cuna, aquella infeliz nacion, precipitada en una ceguedad estúpida. Fueron trasportados á Egipto los Judíos que no pudieron venderse, y quedó la Judea casi desierta. Hallóse desde entonces este pueblo como aniquilado en su misma patria; no tornaron jamás los Hebreos á reunirse en cuerpo de nacion, y se mezclaron entre todos los demás pueblos, sin confundirse con ninguno de ellos, y sin adquirir el menor derecho de independenciam ó verdadera libertad. Sin leyes, sin altar, sin sacrificio, llevando consigo á todas partes, además del espectáculo singular de un pueblo que ya no tiene la menor

forma de tal, una señal indeleble de su reprobacion y de la substitucion de los Gentiles en lugar suyo.

Reedificó no obstante otra vez Adriano la capital de Judea, prohibiendo á los Israelitas con pena de la vida que pudiesen entrar en ella, y se cuidó con esmero del cumplimiento de esta ley. Se necesitaba que todos los habitantes fuesen Gentiles, á lo menos de origen; y por esta disposicion del Príncipe ó mejor de la Providencia, que hace muchas veces servir la política á otros fines muy diversos de los que se proponen los hombres, la Iglesia de Jerusalem se halló de improviso libre de la plaga de la discordia que tantas veces la habia atormentado antes y despues de la muerte de los Apóstoles; cesando por fin la inquieta y envidiosa obstinacion de los Cristianos judaizantes, mucho mas temible que el puro judaismo. Se compuso esta Iglesia hasta entonces de Israelitas convertidos, que observaban con exactitud la circuncision y todas las ceremonias de la ley Mosaica; y eligieron á los mismos Obispos con escrupulosidad entre los fieles circuncisos; pero desde la total reduccion de la Palestina no hubo en la ciudad santa mas cristianos que los descendientes de Gentiles. Marcos fue elegido por Obispo de ella, y fue el décimosesto despues del establecimiento del cristianismo, y el primer Cristiano de la gentilidad que ocupó aquella silla. De este modo en los fines del Imperio de Adriano el año 137 de Jesucristo quedó enteramente arruinada la nacion Judía, y la Iglesia libre de tan molestos enemigos. Los Romanos

pusieron un puercito de mármol encima de la puerta de Elia ó Jerusalem por la parte que miraba á Belen, para despecho de los Hebreos, y levantóse una estatua á Venus en el lugar del Calvario donde Jesucristo habia muerto, colocando al mismo tiempo el ídolo de Júpiter encima del sepulcro de donde salió resucitado y glorioso. Pero solamente sirvió esta profanacion, por la cual se podia comparar un culto con otro, para desacreditar la idolatría y establecer sobre sus ruinas con mas esplendor la magestad del culto cristiano.

Séanos permitida para fin de este libro, una corta digresion que al paso que nos muestre la moderacion y bellas cualidades que á juicio de todos adornaban el espíritu del Emperador Adriano, nos presente una prueba mas de la inutilidad y ridiculéz de aquellos ídolos materiales en quienes confiaba el Paganismo con tanto ardor. Fue la vida de Adriano, por decirlo así, un viage continuo; porque ansiaba la guerra, cultivaba las letras y poseía los talentos que caracterizan á un hombre de estado; y puede decirse que satisfizo todos sus gustos entregándose al cuidado de su Imperio. Para él no existia diferencia de climas ni de estaciones; porque caminaba á pie y descubierta la cabeza sobre las nieves de la Caledonia, lo mismo que por las ardientes y despobladas llanuras de Egipto. Últimamente cuando subió al trono no hubo siquiera una provincia en todo el Imperio que dejase de disfrutar de la presencia de su Soberano; cualidades todas que le harian muy recomen-

dable, si no las hubiese oscurecido con los repetidos sacrificios de tantas víctimas cristianas. Pero lo que mas se admira en este Príncipe es la moderacion que mostró cuando no tenia mas que hacer que conservar las conquistas de su antecesor Trajano, rehusó estender los límites del Imperio á costa de los pueblos extraños. Creía el pueblo Romano, que cuando el Capitolio fue fundado por uno de sus antiguos Reyes el dios Término, divinidad de orden inferior, no habia querido ceder su lugar al mismo Júpiter. Presidia aquel dios á los límites, y segun el uso de unos tiempos tan ignorantes, se le representaba bajo la figura de una gran piedra. Habian interpretado los agoreros del modo mas favorable la obstinacion de aquel dios Término en sostener su sitio, diciendo que era un infalible presagio de que jamás se estrecharian los límites del Imperio Romano. Habian conservado de siglo en siglo esta tradicion, y como sucede con algunas preocupaciones vulgares verificada la prediccion por bastante número de años, no dejó duda de su entero cumplimiento en el espíritu de la plebe. Mas el dios Término tuvo que ceder por fuerza á la autoridad de Adriano, despues de haber resistido á todo el poder de Júpiter. Principió este Emperador su reinado renunciando á las nuevas conquistas de Trajano su predecesor. Se complace San Agustin (1) en referir con su acostumbrada elegancia, esta prueba de la debilidad del dios Término, y de la vanidad insulsa de los agoreros.

(1) *De Civit. Dei lib. 4. cap. 29.*